

La gruta de los dolores

Aquella tarde mostróse el cielo atemorizado por la tormenta que acababa de pasar; un lucero tímido y lloroso apareció entre las delicadas gasas que, a un lado, se acurrucaban, y hacia el fondo de un azul purísimo, la luna, barquichuelo salvo de la tempestad, se balanceaba majestuosa y bella en su tristeza. ¡Noche solemne! ¡Horas melancólicas que, a meditar, convidan!

En mi alma se agolparon los desteñidos recuerdos de la infancia, y cándidamente volé en alas de la imaginación a la tumba, donde tanto tiempo há, duerme aquel anciano de mi padre que, en las tardes de verano, sentado en las sabanas de hierba y rodeado de sus hijos, nos contaba historietas, donde al fin y al cabo, triunfaba la virtud sobre los vicios, donde encontrábamos amores refrescados por el aleteo cariñoso de los ángeles.

Y ya que de cuentos y de historietas hablo, oíd la que sigue, escapada de aquellos paternos labios y que, en mi pecho, se grabó cual la cisura en el árbol joven.

En una cabaña, sentados al calor de la lumbre, varios pastores charlaban amigablemente, cuando unos golpecitos dados en la puerta los retrajeron de su aparente calma. ¿Qué cristiano corre por estas montañas a tales horas?, preguntaron de adentro.—Abrid, señor, respondió el recién llegado. Abrid por Dios, muero de frío. Levantóse un anciano de larga y espesa barba e hizo girar la portezuela, por la cual un peregrino penetró en la estancia.

Su rostro pálido revelaba la tristeza de su alma; en los pies se enredaban los restos de unas sandalias gastadas por el mucho trajinar; sus manos sostenían un bastón nudoso, y la nieve, que cubría los vestidos, bien

mostraba que el viajero, días hacía, vagaba entre los escabrosos riscos de los Andes.

—Calentáos con nosotros y reposad, señor, convidaron los pastores.

—Dios os bendiga, amigos, respondió el invitado.

Animado por tan tierna amonestación, se arrimó a un joven de rostro jovial y cariñoso. Aquellos dos corazones, sombrío y dolórico el uno, ingenuo y tímido el otro, se confundieron en estrecho abrazo, y pronto viajero y zagalillo eran dos amigos, mejor, dos hermanos. Tal es la caridad; el pecho alegre y puro deja que en su seno repose la cabeza desgarrada por las espigas del dolor! ¡El pobrecito abre al miserable las puertas de su alma! ¡No sólo hay hermanos por la carne, los hay también por el amor, y cuán buenos son éstos!

Mientras de la boca del recién llegado salían en loco raudal anécdotas y cuentos, el pastorcito, con los ojos muy abiertos, atendía a los felices desenlaces, y a la vez meditaba un magnífico plan para el día venidero. Quería el amable joven lucirse ante aquel desconocido, con todo el sabor de su montaña, y al efecto, lo convidó para que a la mañana siguiente salieran a visitar los lugares más célebres que, entre los picachos andinos, se ocultaban.

En el esplendoroso albor, inundado por los primeros rayos de un sol invernizo y los reflejos de la nieve inmaculada, dos hombres, un anciano y un mancebo, nuestros amigos precisamente, subían por la cuesta, conversando y paliquiando amorosamente. Venid tras ellos, escuchad sus palabras y observad sus gestos, para que comprendáis esta historia.

Detúvose de pronto el robusto mozo, y, al saltar de sus pupilas color de cielo, dos lágrimas, sus mejillas, rosadas, poco hacía, cubriéronse de palidez.

El buen viejo, apretándolo contra su pecho le murmuró al oído:

—¿Qué te pasa, hijito mío? Descansa un poco mientras te repones, y si te sientes mal, volveremos a tu hogar.

—Siempre, buen señor, respondió el zagal, siempre que veo estas ruinas (y señalaba los derruidos muros de, al parecer, magnífica morada que, allá a lo lejos, entre dos cerros se asomaban), mi alma se entristece, y mientras pido a Dios me libre del crimen que ellas me recuerdan, el llanto empaña mis ojos.

—¿Qué misterio encierran? Cuénta, dime; desahoga tus pesares, depártelos conmigo.

Atiende, pues, mis quejas, y mira lo que es el hombre: vileza, maldad, sí, sólo maldad.

Manuel, tal era el nombre del pastor maldito, ludibrio de la raza, vergüenza de toda la comarca. Un día, su casa fue humilde choza como la de mis padres; pobres harapos arroparon sus carnes, y era su oficio conducir ovejas; mas en una Navidad, la cigüeña, la ciega fortuna lo visitó, y de la noche a la mañana, todos los comarcanos eran sus siervos, y él, un señorón, dueño de inmensos predios y habitante del palacio, cuyos escombros descubres con la mirada.

—No te canses, señorcito, prosigue la novelesca historia, dijo el peregrino, al notar que el joven vacilaba en la narración.

—En medio de un bosque de árboles frutales, altos cipreses y encumbrados sauces, que, en las noches estrelladas cubiertos de follaje, semejaban largos, larguísimo fantasmas entre mirtos y azucenos, se destacaba el *Castillo Dorado* con sus torreones que tocaban el cielo y sus chimeneas, rivales de los pinos.

¡Santo Dios! ¡Qué infamia! ¡Con el oro, trájole el azar el crimen! Nunca he creído, buen señor, que la felicidad esté en el brillo, pues de ser así, mis ancianos padres

y mis parientes todos no vivirían tan contentos como los viste ayer tarde.

Mientras contaba el gañán su historia, y el anciano ensimismado la escuchaba, atravesaron aquí un reguero de verdura, allí un montículo, más lejos una explanada, y, por último, después de ceñir la garganta de un collado, se encontraron entre los muros del castillo infame. Una vez contemplados los altos paredones, cubiertos de malezas y próximos a desplomarse, y los árboles moribundos del contorno, el pastor condujo a su acompañante a una gruta que, con la Cruz del perdón en su portada, invitaba a descansar.

Sobre unos bancos de piedra, invadidos por una naturaleza casi virgen, se sentaron los dos viajeros, y mientras el viejo admiraba la bóveda granítica, humedecida por las infiltraciones de la montaña, y los musgos que vestían un crucifijo mugriento y socavado, que se rescostaba contra la roca, el joven, derramando lágrimas, doblaba las rodillas reverente.

—¿Por qué te afliges, amiguito? prorrumpió el peregrino; atiendo y siento tu dolor.

—¡Oh pena me da seguir la narración empezada, porque con ella desacredito mi montaña!

—No temas, Dios ve vuestros puros corazones y ante El estáis justificados.

—Oyeme, pues, y ten paciencia que ya pronto acabaré.

Era una noche brava sin luz y brava como el alma loca de aquel hijo perdido; rugía el vendabal en su negrura; oscuros nubarrones cubrían la faz de un cielo furibundo; los árboles ya rotos se quejaban, y sus hojas desgarradas por el granizo, huían con el viento; llovía a torrenciales; Dios relampagueaba, y su grito justiciero hendía los espacios, y entretanto, Manuel, con ilícitos placeres se gozaba.

Sintióse de repente, a la puerta del palacio, un grito de dolor, y aquel bárbaro embriagado, saltó como la fiera que siente en sus carnes hundida la saeta: ¿Quién llama? Vuela de aquí o morirás, desgraciado, vomitó aquella boca. Y una voz de dulzura toda llena respondió:

—¡Soy yo, hijo del alma! Tu madre que te implora.

—¿Quién dices? ¿Mi madre? Húyete, vieja maldita, húyete o morirás en el instante; y al pronunciar estas palabras, los ojos le saltaban de las órbitas.

Más triste y más amante la anciana prosiguió:

—Abreme, ábreme por las llagas de Cristo. Estoy helada; ven, mira mis pies rotos y sangrantes por los pedruzcos del camino; mis manos yertas ya no pueden tocar a tu puerta; contempla estos pechos secos que te dieron de mamar y estas espaldas encorvadas de cargarte mucho.

—Al diablo con tus quejas, infeliz; sál de mis dominios o espera que los perros te desgarran las entrañas.

Y aquel corazón que estallaba de amor, aquella mujer santa, esa chispa del cielo, abandonada de las fuerzas, «muerta de angustias y de espantos muerta», se extinguió al pie de esta roca. «Las pupilas cuajadas—De la víctima inerte,—Cargadas de dolor—De amor cargadas—Hundieron en el cielo las miradas—Y en él hundidas las dejó la muerte!» Así dijo un poeta de las Españas a otra madre sublime, un poeta pastor como yo, en un canto que mis padres me enseñaron a amar en otros días!

En el desteñido amanecer que siguió a esa noche fatal, mis abuelos, andando a reconocer los destrozos de la tempestad, encontraron a la mártir bendecida, «que aún vela en la negrura, como la estatua del amor que espera la santa redención del alma impura». Y los generosos ancianitos que, al ver a la madre de Manuel, comprendieron lo sucedido, cargaron con unión el cuer-

po venerando y lo depositaron en esta ermita, adonde de año en año, acuden caravanas de peregrinos a visitar el lugar, sagrado como el que más, en mi montaña.

Tal es la historia como la oí de boca de mis padres, continuó el pastor, después de descansar un momento, como me la contó el venerable párroco del vecino pueblo; lo que sigue te lo narro como lo recuerdo, pues lo ví siendo aún muy niño.

Muchos soles y varias lunas atravesaron los espacios desde esta época memorable entre nosotros, y un castigo que todos esperábamos, no venía. Pero siendo Dios justo, ¿cómo no azotaba a ese degenerado, con su ira? ¿Acaso las lágrimas que por las mejillas de aquella mujer corrieron, no fueron otros tantos gritos de venganza que clamaron al cielo? ¡Oh, sí! Bien decía el cura de la aldea. De frío y de dolor como la madre, murió el hijo en aquel horrendo atardecer en que el Creador se volvía contra él, para darle su merecido. Ah, señor, si hubieras visto: creímos, al principio, que el cielo nos aplastaba y nuestra montaña parecía acompañarnos en tal temor, estremeciéndose y temblando horrorizada; mas, al volver los ojos hacia lo alto vimos, qué sé yo, algo así como un remolino en que volteaban hombres, piedras, plantas, al tiempo que un aguacero nos hacía recoger en las majadas. Permanecimos allí hasta que, calmado el chubasco, las ovejas (¡ay, pobres animalitos, cómo lloraban!), cesaron sus lastimeros balidos.

¿Qué pasaría en la montaña? nos preguntábamos temerosos mientras velábamos, porque esa noche, te lo aseguré, nadie, nadie durmió: los corderos pasaron intranquilos y nosotros mudos de espanto. A la mañana siguiente, que por cierto mucho se hizo de esperar, corrimos todos al lugar del desastre a reconocer sus destrozos. ¡Cómo despedazaban el alma los gritos desga-

rradores de una madre que hallaba a su hijo moribundo, de una esposa que regaba con su llanto los despojos del amado! Pero no sentimos dolor sino espanto al encontrar aquí, a la puerta de esta gruta, un cuerpo ferrozmente desgarrado, cuerpo que al fin pudimos identificar atribuyéndolo a quién? A Manuel, a ese infame, maldecido por Dios, y, por las lágrimas de una mártir, bendecido! Allí estaba en toda su fealdad: cadavérico, rígido, ensangrentado. Hoy, mientras la madre reposa en la roca granítica, a la sombra del leño sacrosanto, el hijo se pudre en el suelo que hollamos, odiado, abandonado, olvidado de todos.

Hé aquí cuanto quería decirte; deseaba enseñarte, amo mío, por qué esta excavación lleva el nombre de *Gruta de los Dolores*. Ya lo sabes; porque un amor amargado por el dolor duerme en espera del que le dará la vida.

—Se hace tarde, hijo mío, dijo el peregrino; bueno será que volvamos sobre nuestros pasos. Subieron entonces dos súplicas al trono del Señor, no por la madre que ya reinaba en las alturas, sino por el hijo que aún esperaba el perdón.

El sol bañado de fuego y envuelto en arreboles se despedía de prados y laderas, besándolos con cariño, cuando los dos peregrinos bajaban silenciosos, taciturnos. El anciano rompió el silencio:

—Dime, has estudiado en algún colegio?

—Es tradición tan antigua como feliz en mi familia, el que todos nosotros cuando somos jóvenes vayamos a un seminario, respondió el interpelado.

—La vida del pastor me enamora, continuó el viejo enternecido. ¡Oh niño, cuán feliz vivirás con esa alma virginal! Dichoso tú que te sustentas con el sudor de tu frente, lejos del vicio y la pasión mundana! Dichoso tú, que mientras el mundo corre tras el placer y la las-

civia, descansas al lado de los corderos y te duermes arrullado por las fuentes y avecillas! Pobre de mí, mañana volveré al ruido de la ciudad, donde todo es mentira, odio y egoísmo! Ama, joven, a tu madre; a esa mujer bendita que te cargó en su seno! Amala mucho; ámala como al cielo, mientras viva, y cuando duerma el último sueño, venera su memorial. Entonces verás que ese pecho es refugio, donde recostarse puede el cuerpo en la niñez y el alma en la ancianidad!

Entretanto, llegaron a la casita que habían dejado aquella mañana, y ya, estrellas lloronas abrían paso a su reina hermosa!

S. BARRIENTOS RESTREPO

Colegial.

